
¿Jesús fue abandonado en la Cruz?

Ténganse en cuenta –y reléase– la “Referencia Introductoria” de página 43.

Mi pregunta es la siguiente: en un sitio en el Internet leí un artículo sobre si Jesús verdaderamente fue abandonado; una de las últimas palabras que Jesús dijo en la cruz fue “Eli, Eli, lema sabachthani?”. Éste es un tema difícil para mí; ¿cómo puede decir Jesús esto, si él es Dios?

Según los sinópticos, Jesús gritó dos veces desde la cruz (cf. Mt 27,46.50; Mc 15,34.37). El primer grito del que aquí se habla, manifiesta los sentimientos de desolación y abandono expresados por Jesús con las primeras palabras del Salmo 22: *A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: ‘Eloi, Eloi, lema sabactani?’ -que quiere decir-, ‘¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?’* (Mc 15,34; cf. Mt 27,46).

Desde la antigüedad, no faltaron autores que trataron de interpretar estas palabras como una negación de la divinidad de Cristo, como Arrio y Nestorio (no considero aquí otro error y los malabarismos en que cayeron muchos, por usar una mala traducción griega del versículo que sigue a continuación, como: *Lejos de mi Salud –Dios– las palabras de mis pecados*, como si Jesús confesara aquí su radical pecaminosidad; la dificultad fue soslayada cuando se tradujo bien el texto hebreo que no dice *pecado* sino “shagah”, del verbo “sha’ag” que quiere decir “clamor”; por tanto el Salmo dice en realidad: *Lejos de mi Salud –Dios– las palabras de mi clamor*).

Para Calvino –por quien tal vez esté influenciado quien me dirige la consulta–, Cristo experimenta aquí “un grito de desesperación” por ser reo ante el tribunal de Dios. Algo así afirmaron también Rénan, Desjardín, Goguel, etc. Pero esto no sólo es blasfemo sino –como señala M. de Tuya¹– también anticientífico. Jesús, en efecto, recita el Salmo 22 reflejando su *cumplimiento*; es un Salmo mesiánico, y su realización plena en Jesús manifiesta su *carácter de Mesías* verdadero, que ha cumplido todas las profecías que hablan del dolor extremo del Mesías. La interpretación adecuada sería: *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado a estos tormentos?* El Salmo, además, no es un salmo de desesperación; Jesús no ignoraba su conclusión, que se transforma en un himno de liberación y en un anuncio de salvación dado a todos por Dios. La experiencia sensible del abandono es, pues, una pena pasajera que cede el puesto a la liberación personal y a la salvación universal. En el alma afligida de Jesús, tal perspectiva alimentó ciertamente la esperanza, tanto más cuanto que siempre presentó su muerte como un paso hacia la resurrección, como su verdadera glorificación. Con este pensamiento, su alma recobra vigor y alegría sintiendo que está próxima, precisamente en el culmen del drama de la cruz, la hora de la victoria.

No se pueden separar, pues, estas palabras ni de las que siguen en el mismo Salmo en que el Salmista habla de la esperanza, ni –menos aún– de las que el mismo Jesús dice a continuación: el reconocimiento de su misión plenamente cumplida (*Todo está consumado*: Jn 19,30) y su confiada entrega al Padre: *en tus manos pongo mi espíritu (mi vida)* (Lc 23,46).

En realidad, si Jesús prueba el sentimiento de verse abandonado, sabe, sin embargo, que no lo está en absoluto.

¹ De Tuya, *Del Cenáculo...*, op. cit., p. 560.

Él mismo dijo: *El Padre y yo somos una sola cosa* (Jn 10,30), y hablando de la pasión futura: *Yo no estoy solo porque el Padre está conmigo* (Jn 16,32). Hay que distinguir, pues, entre la inteligencia y voluntad de Jesús por un lado, y, por otro, su sensibilidad; en la cima de su espíritu Jesús tiene la visión neta de Dios y la certeza de la unión con el Padre; pero en las zonas que lindan con la sensibilidad y, por ello, más sujetas a las impresiones, emociones, repercusiones de las experiencias dolorosas internas y externas, el alma humana de Jesús se reduce a un desierto, y Él no siente ya la “presencia” del Padre, sino la trágica experiencia de la más completa desolación.

En la esfera de los sentimientos y de los afectos, este sentido de la ausencia y el abandono de Dios fue la pena más terrible para el alma de Jesús, que sacaba su fuerza y alegría de la unión con el Padre. Esa pena hizo más duros todos los demás sufrimientos. Aquella falta de consuelo interior fue su mayor suplicio.

Pero Jesús sabía que con esta fase extrema de su inmolación, que llegó hasta las fibras más íntimas de su corazón, completaba la obra de la redención que era el fin de su sacrificio por la reparación de los pecados. Si el pecado es la separación de Dios, Jesús debía probar en la crisis de su unión con el Padre, un sufrimiento proporcionado a esa separación.

Bibliografía: Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, 46, art. 7-8; Tuya, *Del Cenáculo al Calvario*, op. cit., pp. 557-562; L. Matthieu, *L'abandon du Christ sur la Croix*, *Rev.Sc.Relig.* (1943); W. J. Kenneally, *Eli, Eli, lamma sabachthani?*, en: *Cath. Bibl. Quart.* (1964), pp. 124-134.

Para más información y compras, dirigirse a
“Ediciones del Verbo Encarnado”

El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel: +54 (0)02627 – 430451
E-mail: ediciones@iveargentina.org
<http://www.edicionesive.org.ar>
<http://www.iveargentina.org>